

¿EXPULSADA DE LA CIUDAD POR LA MELENA?

Cristina Bertrand

Riaño, junio de 2016

Una amiga mía me dijo que tengo una melena icónica.

Y puede que tenga razón. Lo cierto es que la melena ha sido protagonista de algunos, llamémosles “incidentes” aunque en una ocasión pudiera incluso haber sido la causa de una tragedia...



Éste incidente no es trágico sino cómico, aunque en su día no fue tan divertido ya que estuve a punto de ser expulsada de la ciudad de Oviedo, cuando era muy joven, por mi melena... Sí, así como suena.

Todo empieza con mis veraneos en Gijón y una de mis mejores amigas que era de Oviedo. Su padre tenía abonos muy buenos para la Gran Ópera de Oviedo, un acontecimiento que se preparaba en la ciudad casi durante todo el año. Las modistas de alta costura en Oviedo se pasaban el año preparando los vestidos de gala que la alta sociedad ovetense iba a lucir durante la temporada de ópera.

Mi amiga y yo teníamos 19 años. A decir verdad, todo hay que confesarlo, la ópera no nos interesaba en absoluto, pero decidimos ir solamente para vestir los trajes de gala y poder coquetear con los chicos más guapos de la ciudad. Para ello, elegíamos las óperas que tenían más entreactos, porque en los entreactos era donde todas las personas salían al gran vestíbulo del teatro y lucían sus galas entre sus amistades y conocidos.

Las reglas de la etiqueta eran muy estrictas en la ciudad de Oviedo, hoy una gran urbe moderna pero en aquel entonces muy convencional y tradicional. Todas las mujeres debían llevar el pelo recogido en unos moños que a mí me parecían horribles. Mi pelo era, y es, muy fino y largo. Las sesiones de peluquería para “domar” mi pelo eran infernales. Horas para conseguir que, mediante probablemente más de 100 horquillas, el pelo se quedara sujeto en un moño. Eso y toneladas de laca. Mi cabeza, al salir de la peluquería parecía de cartón-piedra. Pero ese era el precio que había que pagar por lucirse en la ópera.

Un día, al salir de la peluquería y según bajaba las escaleras del edificio, las horquillas comenzaron a caer una por una, a pesar de los kilos de laca, y al llegar al último piso había dejado un reguero de horquillas. Además, sentía una gran opresión en la cabeza. Al llegar a la casa de mi amiga, donde pasaba las vacaciones, no pude resistirlo más, me quité todas las horquillas y me dejé el pelo suelto. Pero esa misma tarde era la ópera con más entreactos...

Así es que fui a la ópera con el pelo suelto. Lo que no sabía era el escándalo que se iba a organizar. Durante los entreactos no me di mucha cuenta de la conmoción porque estábamos muy ocupadas coqueteando con todos los chicos que se acercaban a nosotras. Pero al día siguiente llamaron a mi amiga diciendo que yo había salido en los periódicos en un artículo en el que pedían que “se expulsara de la ciudad a ESA FORASTERA que se había atrevido a ir a la Gran Ópera de Oviedo con el pelo suelto”...

Bueno, debo decir en favor de mi amiga y de sus padres, que ellos no me expulsaron ni me dijeron que me fuera. Pero me “autoexpulsé” yo, porque a partir de ese día ya no volví a la ópera y a los pocos días regresé a mi ciudad habitual de veraneo, Gijón, donde se podía ir con el pelo suelto sin temor a ser expulsada.

